

# **LA FUNCIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN ITALIA**

*Il Comunista*, n° 3, 6 de febrero de 1921.

Las revoluciones rusa, la alemana y la de otros países han demostrado que la conquista del poder por parte del proletariado y el periodo de la dictadura del proletariado han venido precedidos por una fase histórica en el curso de la cual el gobierno ha pasado a las manos de los partidos socialdemócratas o a las de una coalición de estos con los partidos burgueses. Tras estas experiencias, se plantea el problema de saber si se presentará una fase similar en los países occidentales como prólogo de la revolución proletaria. Hay quien sostiene que en Italia también tendremos que pasar por este periodo antes de ir más lejos, por lo que sería una buena táctica, desde el punto de vista revolucionario, provocar el surgimiento de esta famosa experiencia socialdemócrata para acelerar el desarrollo histórico necesario hacia su desenlace final. En cambio, otros camaradas comunistas afirman que aquí no se necesita pasar por este periodo histórico, por lo que el movimiento revolucionario debe dirigirse directamente a la instauración de la dictadura del proletariado, luchando directamente contra el actual régimen burgués.

Desde una perspectiva comunista, la segunda opinión es más exacta, naturalmente. Sin embargo, nos parece necesario precisar las características y la función del movimiento socialdemócrata, para dar una respuesta completa desde el punto de vista crítico y para sacar las conclusiones tácticas que nos interesan.

Un régimen burgués democrático con un programa de reformas radical-socialista representa una verdadera fase intermedia entre el orden actualmente en vigor y el orden proletario allí donde la llegada al poder de la clase capitalista burguesa propiamente dicha aún no se ha completado del todo históricamente, existiendo aún formas políticas y sociales atrasadas que generalmente se corresponden a épocas superadas por la actual sociedad. Comprendiendo y reconociendo desde una perspectiva teórica que la formación de un régimen parlamentario es un paso para un desarrollo más amplio de la lucha proletaria, los marxistas nunca han dudado de que, incluso en estas condiciones, los comunistas no sólo deben enfrentarse a la antigua clase dirigente y sus partidos, sino también a la nueva clase que pasa a ocupar su puesto; rechazando firmar una tregua con ella, deben esforzarse en derribarla lo más rápidamente posible, para no dejar escapar el corto periodo de tiempo en el que el poder del Estado aún no es estable y es más fácil tomar el poder. Digan lo que digan los que no conocen el marxismo, esa fue la postura de Marx y de los comunistas de cara a la situación en Alemania y en otros lugares en 1848, y esa es la gran lección de la revolución rusa.

En este sentido, no podemos ni debemos hablar de que la socialdemocracia tenga una función histórica en los países de Europa occidental, donde el régimen democrático íntegramente burgués existe desde hace tanto tiempo que ha llegado a agotar su función histórica y se halla en decadencia. Para nosotros, no hay más traspaso revolucionario del poder que el de la burguesía dominante al proletariado, así como no existe otra forma de poder proletario distinta a la dictadura de los consejos.

Pero esta evidencia no significa que la socialdemocracia no tenga un papel que cumplir en estos países. Los partidos socialdemócratas sostienen que el periodo democrático aún no se ha cerrado y que el proletariado puede todavía valerse de las formas políticas democráticas para sus objetivos de clase. Pero como salta a la vista que el proletariado no saca ninguna ventaja de estas formas en vigor, sobre todo en las actuales condiciones de la posguerra, los socialdemócratas se ven obligados a echarle imaginación y a proponer formas más democráticas, más perfectas según ellos, pretendiendo que si el actual sistema se opone al proletariado es porque no es verdadera e íntimamente democrático. De ahí se derivan todos esos

proyectos de nuevas instituciones basadas en la República, ampliación del sufragio, supresión de la Cámara Alta, ampliación de las funciones y poderes parlamentarios, etc.

La experiencia de las últimas revoluciones y la crítica marxista demuestran que todos estos ajuares políticos no son más que la máscara de un movimiento que se revela como el último programa y el único método posible de gobierno para la clase burguesa en las críticas condiciones actuales; demuestran que los gobiernos formados sobre estas bases no sólo no constituyen un puente hacia la verdadera conquista del poder, sino que representan el último obstáculo, el más difícil, que el sistema levanta contra la amenaza de su derrumbamiento; demuestran que el contenido teóricamente democrático de este movimiento, en la práctica, cede su puesto a la dictadura y el terror contra el proletariado y el comunismo, una lógica confirmación de nuestra doctrina comunista, según la cual la democracia está muerta históricamente.

Por tanto, la socialdemocracia tiene una función específica, pero en el sentido de que probablemente habrá un periodo, en los países occidentales, en el que ocupará el gobierno, ella sola o colaborando con partidos burgueses. Allí donde el proletariado no tenga la fuerza suficiente para evitar que esto suceda, este *intermedio* no supone una condición positiva y necesaria para el surgimiento de formaciones y organizaciones revolucionarias; este gobierno no supone un caldo de cultivo para este tipo de organizaciones, pues es un intento desesperado de la burguesía para debilitar y desviar el ataque del proletariado, para aplastarlo implacablemente bajo los golpes de la reacción blanca en el caso de que le queden suficientes energías para atreverse a revolverse contra el legítimo, humanitario y civilizado gobierno socialdemócrata.

Por tanto, no se puede prever ninguna especie de transición entre la dictadura burguesa actual y la dictadura proletaria; pero es previsible, y los comunistas deben preverlo, que aparezca una última e insidiosa forma de dictadura burguesa que, a través de un mero cambio institucional formal, dará la dirección de todo el aparato estatal de defensa capitalista a sus cómplices social-traidores. Desde el punto de vista de la táctica, los comunistas no se resignan a esta previsión, pues niegan que esto sea algo histórico y universalmente necesario. Confiados con su experiencia internacional, se proponen en cambio desenmascarar por adelantado este insidioso juego democrático, emprendiendo inmediatamente un ataque frontal contra la socialdemocracia sin esperar a que esta revele su función reaccionaria de forma clara. Deben esforzarse en preparar la fuerza y la conciencia proletaria para cortar de raíz este producto monstruoso de la contrarrevolución, sin excluir que este gobierno socialista, último garante del régimen burgués, pueda desencadenar el ataque final.

En cuanto a las propuestas tortuosas de los supuestos comunistas que se han pasado al otro lado de la barricada, que consisten en favorecer la llegada al poder de estos socialdemócratas, no sólo muestran una incomprensión absoluta del método comunista para resolver los problemas tácticos, sino que esconden además una trampa. Hay que apartar al proletariado de aquellos partidos e individuos que están destinados a cumplir esta función socialdemócrata contrarrevolucionaria, alejándole de ellos lo antes y más claramente posible. Naturalmente, esto desalentará a estos grupos e individuos, y retrasará el momento en el que acepten la invitación burguesa de asumir el poder; pero lo mejor sería que no lo hicieran hasta el último momento, cuando esta maniobra ya no pueda frenar el proceso de descomposición del aparato del Estado burgués. Sabemos casi con certeza que la batalla final correrá a cargo de un gobierno de ex socialistas; pero nuestra tarea no es facilitar su llegada al poder, sino al contrario, preparar al proletariado para que les reciba de entrada con una declaración de guerra, en lugar de prometerles una tregua en la lucha de clases y una solución pacífica a los problemas de la revolución. Esto no puede llevarse a cabo sino a condición de haber

denunciado antes al movimiento socialdemócrata ante las masas, sus métodos y sus pretensiones. Por tanto, sería un grave error dar apoyo a esta experiencia socialdemócrata. Por todas estas razones, la táctica revolucionaria debe fundarse en experiencias internacionales y no sólo nacionales, y, gracias a este infatigable trabajo que deben realizar los partidos de la Internacional Comunista, el martirio de los proletarios de Hungría, Finlandia y otros países permitirá al proletariado occidental ahorrarse dicha experiencia y el derramamiento de su propia sangre, comprendiendo cual es la función histórica de la socialdemocracia. Esta seguirá su camino, pero lo comunistas deben barrerla lo antes posible, antes de que clave el puñal de la traición en los riñones del proletariado.